

CUENCONTOS DE
PICOGORDO

ANA BELÉN BARRAJÓN

Ratones en casa

Dibujos de

ALBINO TORRES
coloreados a mano por



Ejemplar coloreado a mano por miembros del área de Integración Laboral y Oportunidades de la Asociación Pro Personas con Discapacidad de Quintanar de la Orden y Comarca.

Con la adquisición de este libro usted colabora en el desarrollo humano y profesional de personas con discapacidad intelectual.



ANA BELÉN BARRAJÓN

Ratones en casa

Dibujos de
ALBINO TORRES

Ratones en casa



EL PEQUEÑO RATÓN se sentía el rey

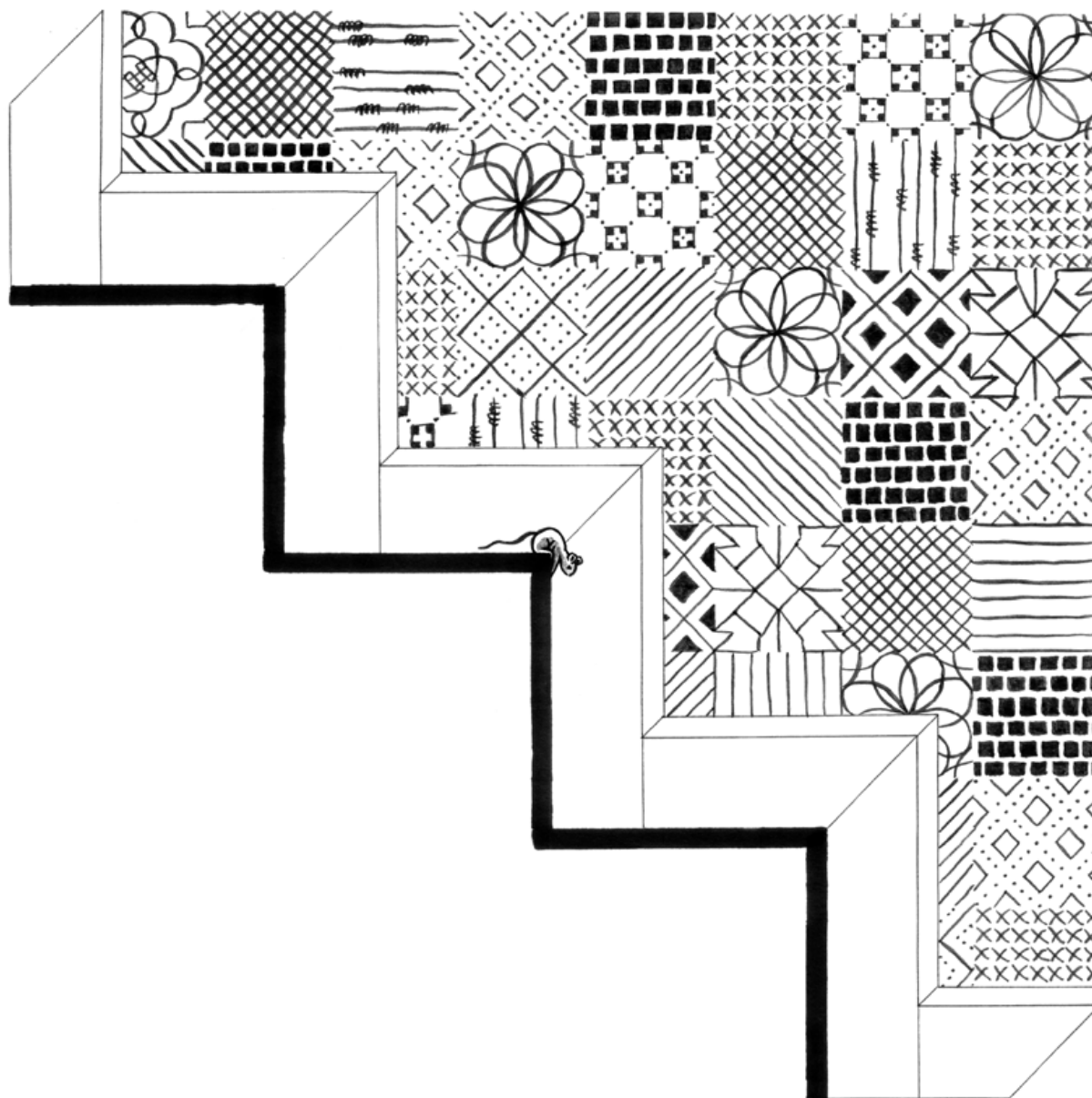
del desván, conocía cada rincón de aquel lugar y campaba a sus anchas entre los recuerdos olvidados. Sin duda el desván era un lugar misterioso donde se amontonaban incontables objetos desde hacía tiempo, mucho tiempo, imposible de precisar. Solo las densas capas de polvo que los cubrían ofrecían alguna pista.

El pequeño ratón paseaba feliz entre las pilas de libros antiguos, se deslizaba por la vieja vajilla francesa, olisqueaba las cajas de cartón y correteaba por encima de álbumes con fotografías en sepia. A veces, levantaba el hocico y percibía fragancias añejas a roble y almizcle blanco, combinadas con sutiles matices de plantas aromáticas que generaban aún más misterio alrededor de los objetos. Eran sus tesoros, aunque nadie se los había regalado, mas los custodiaba con esmero como un soldadito de plomo.

De día, el pequeño ratón descansaba acurrucado sobre la pila de libros más alta y solo abandonaba el desván para buscar alimento, casi siempre de noche, cuando las personas duermen. Entonces bajaba por la tubería del desagüe hasta el baño, cruzaba velozmente el pasillo y entraba en la despensa con cuidado dispuesto a darse un festín. Le encantaban las galletas, sobre todo las de chocolate. Recorría este camino a diario sin apenas dejar pruebas de su discreto asalto.

Durante los primeros meses del otoño Enrique no se percató de la presencia de su sigiloso huésped. Andaba demasiado ocupado preparándose para prevenir el *efecto 2000*, actualizaba los ordenadores a golpes que no producían ningún cambio.

Pero el frío llegó. El ratón comenzó a notar una corriente de aire helado que atravesaba el desván hasta penetrar en sus diminutos huesos y le hacía temblar como un flan de gelatina en la puerta de un colegio. Intentó resguardarse del frío en una cómoda, en el tercer cajón, junto a un joyero de loza repleto de tesoros que la abuela hizo traer hasta España desde un lejano archipiélago. Cuando el ratón empujó la tapa del joyero para cobijarse en su interior le deslumbró el centelleo de una sortija rodeada por decenas de perlas doradas. Introdujo su cuerpo entre destellos de luz, aunque no le sirvió de nada. Las gemas brillaban como el sol pero no desprendían calor. Debía tomar medidas más eficaces si quería sobrevivir al invierno.



Recorría este camino a diario

El ratón buscó algo en el desván para hacerse un nido dentro del cajón. Cortó unos trozos de periódicos ajados que utilizó como base y después amontonó un poco de serrín encima. Perfecto. Solo faltaba algo blandito, suave y blandito, quizá lana, pero allí no había lana. No tenía ninguna duda: podía repetir de memoria cada objeto del desván, era capaz de encontrar con los ojos cerrados las muñecas rusas o el anillo de la abuela; si no recordaba haber visto lana es porque no la había. Tendría que conseguirla de otra manera, explorando el cuarto de Enrique, corriendo el riesgo de que este lo descubriera.

Enrique vivía solo en aquella enorme casa en medio del campo. Prefería vivir a las afueras de la ciudad, donde el aire es más puro y podía criar caballos. Un oficio familiar heredado generación tras generación desde hacía un siglo. Ya no recordaba quién empezó con la tradición, si fue el bisabuelo Manuel, que hizo fortuna cultivando perlas en Filipinas, o la madre del abuelo José, que vendía las perlas en París.

En realidad Enrique no recordaba muchas cosas, era más bien despistado. Perdía con frecuencia las llaves y se olvidaba de los cumpleaños, por eso siempre dejaba las puertas abiertas y compraba todo tipo de regalos que almacenaba en el desván. «Nunca se sabe a quién habrá que regalar», pensaba. «Es mejor estar preparado».

El pequeño ratón vigilaba a Enrique desde un agujero en la pared, estudiaba pacientemente cada uno de sus pasos con el fin de memorizar sus horarios. Sabía que Enrique no se levantaba muy temprano, no le gustaba madrugar. A él tampoco. Primer problema. El resto del día entraba y salía constantemente de la casa preguntándose en voz alta dónde estaba el bolígrafo, que a veces aparecía en la nevera, o dónde dejó el móvil que solía sonar desde el coche. Probablemente Enrique ni se fijaría en la incursión del pequeño ratón, aun así resultaba peligroso.

Lo único que mantenía la atención de Enrique era Olga. Si Olga estaba en la habitación no había nada más, no cabían ni el tiempo ni el espacio. El mundo parecía girar más despacio, como en una película a cámara lenta. Durante esos instantes Enrique contenía la respiración hasta detener el movimiento de la Tierra, que comenzaba a rotar de nuevo al ritmo de su exhalación. Sentía euforia al verla, contaba cada segundo que faltaba para volver a coincidir con ella. Olga era veterinaria y examinaba a los caballos cada dos semanas, los miércoles. Problema resuelto: el ratón aprovecharía ese momento.



Olga llamó al timbre dos veces, aunque sabía que la puerta estaba abierta, insistió una vez más y finalmente entró. El ratón, que había escuchado el timbre, bajo rápidamente del desván; era el momento que esperaba para conseguir la lana.

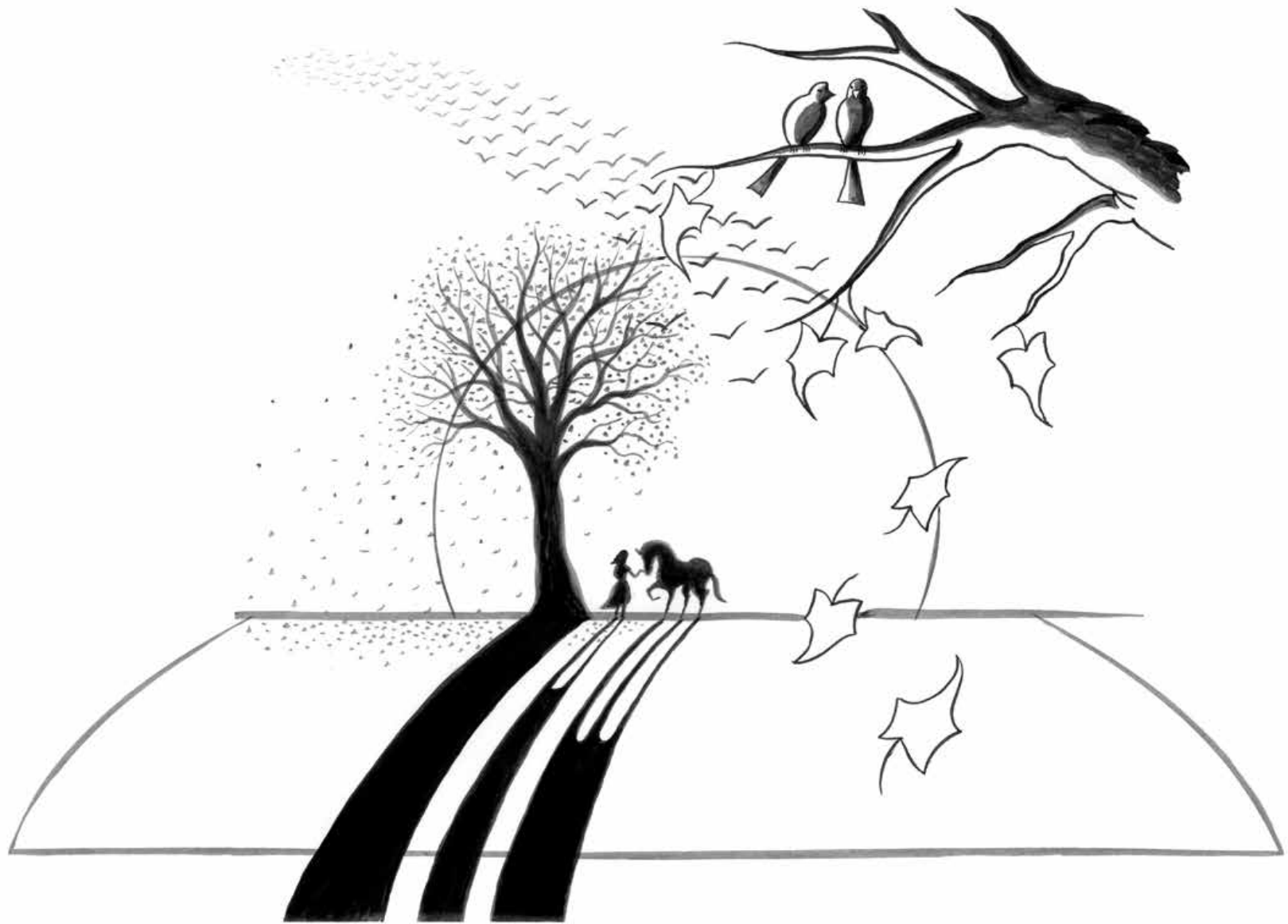
—¿Has visto eso? —preguntó Olga desde la puerta.

—No, no he visto nada —contestó Enrique.

—Me ha parecido ver la cola de un ratón en el pasillo, creo que ha huido por la escalera.

—¡Uf! Lo que me faltaba, ratones en casa —dijo Enrique cogiendo una escoba—. Voy a dar una vuelta a ver si lo encuentro, espero que no sea una plaga.

—No, no creo, además son inofensivos, tienen más miedo de los hu-



Olga era veterinaria y examinaba a los caballos cada dos semanas.

manos que nosotros de ellos. Tranquilo. Me marchó, Enrique, ya he terminado por hoy. Todo está bien.

—¿Te vas tan pronto?

—Sí, solo he entrado para despedirme. Hasta dentro de quince días.

Sin soltar la escoba Enrique inspeccionó cada peldaño de la escalera. Mientras, el pequeño ratón recuperaba el aliento en el agujero de la pared, su corazón latía deprisa y fuerte, estaba atrapado. No podía salir de allí porque Enrique lo buscaba fuera, tampoco podía quedarse en el agujero mucho tiempo ya que no tenía alimento. ¿Qué hacer? Esperaría a que Enrique se durmiese.

Horas después el ratón asomó los bigotes, lentamente sacó una pata y luego la otra, después el cuerpo. ¡Estupendo, ya casi estaba fuera!, pero Enrique despertó. Cogió la escoba con la intención de asestarle un golpe y, justo cuando iba a hacerlo, contempló a aquella criatura gris plomo, de vientre abultado y hocico rosa, que lo miraba asustado desde el suelo, y recordó las palabras de Olga: «Son inofensivos». Lo observó unos segundos más, sentado sobre sus patitas traseras, paralizado, con las orejas hacia atrás, y no pudo hacerlo. El pequeño ratón salió corriendo.

Ideó otras formas de atrapar al ratón. En la ferretería compró una trampa para ratones pero al poner el cebo se pilló los dedos. Probó con un pegamento especial para roedores y acabó pegándose el cartón al pelo; incluso pensó en adoptar un gato, aunque eso solo le daría más trabajo. Más animales en casa, no. Prefirió consultar en Internet otra solución. Tecleó las palabras ratón doméstico...

—... o ratón casero —leyó en voz alta—. *Nombre científico: Mus musculus. ¡Qué complicado!... le gustan los frutos secos y el chocolate... ¡Ja! ¡A mí también!... Son animales inteligentes, de carácter amigable, saben orientarse muy bien* —continuó leyendo en voz alta—. *Viven solos cuando han sido expulsados del grupo...* —Enrique guardó silencio unos segundos—. Este bicho es un superviviente —y miró confuso la trampa para ratones—. Un superviviente, como yo.

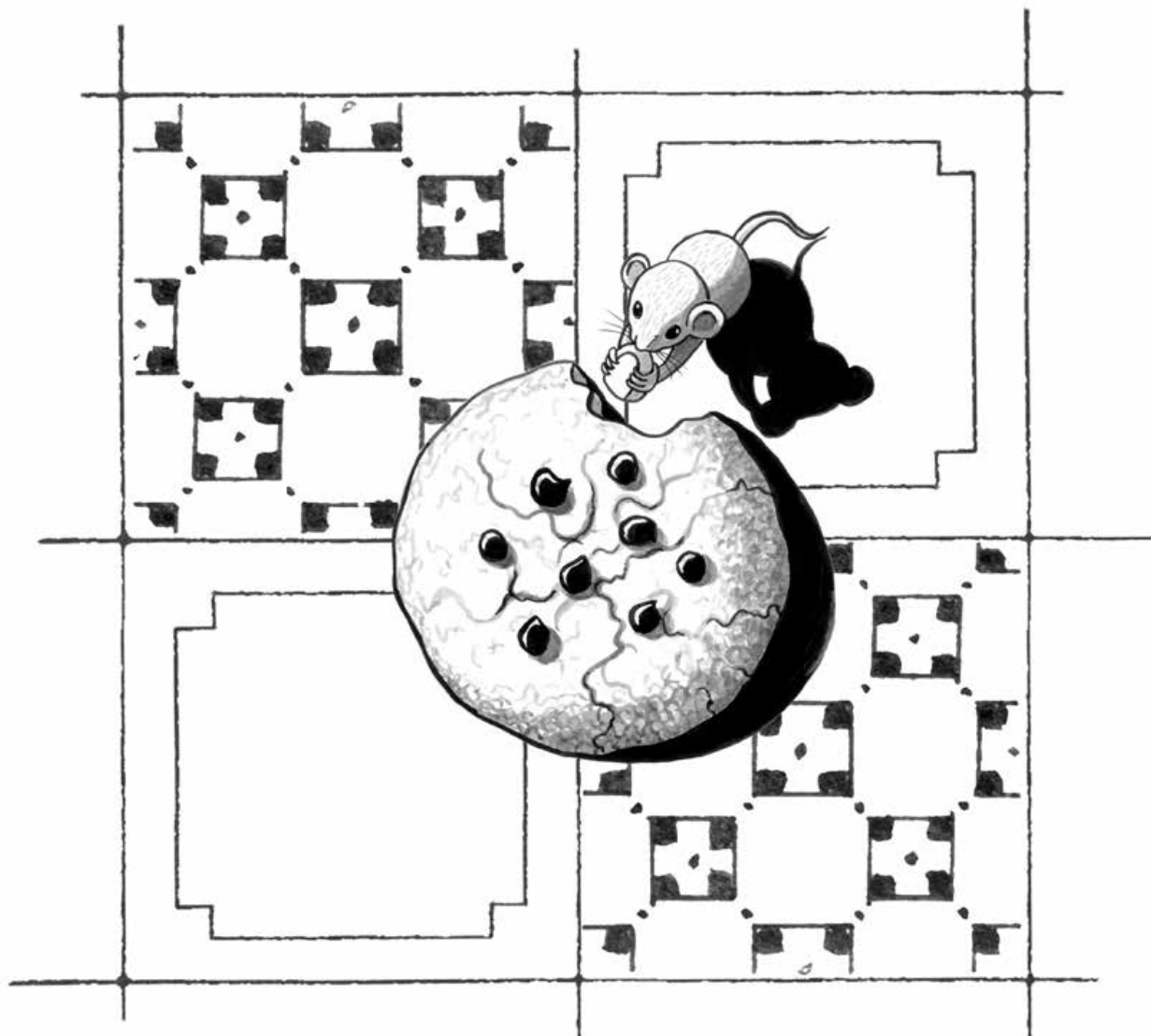
Enrique colocó una galleta en la escalera, sin trampas, solo una galleta con pedacitos de chocolate para el ratón. La más grande y deliciosa que tenía. Uno de esos manjares que solo se saborean cuando se tiene un mal día o para celebrar pequeños logros cotidianos. La colocó en el tercer escalón con la esperanza de redimir su intento de ataque y con la firme promesa de que jamás le haría daño. Cada día dejaría una galleta en el tercer peldaño para no olvidarla.

El pequeño ratón miraba con ansiedad la galleta desde el agujero en la pared, llevaba varios días sin comer, y aunque se mostraba receloso la necesidad pudo más que él. El succulento aroma a miel, canela y chocolate lo atrajo hasta la galleta. Y comenzó a devorarla con el irrefrenable impulso que provoca el hambre. Enrique lo observaba en cuclillas, sonriendo, reconciliándose consigo mismo. Había hecho algo bueno. Un gesto sencillo en un mundo complejo.

—Así que eres un *Mus musculus* —dijo Enrique mientras el ratón roía la galleta—. Pues te llamaré Mus, ¿te gusta? —el ratón movió tres veces el hocico—. ¡Sí!, sí te gusta, me alegro, ¿y qué más te gusta? Dime, qué quieres.

Mus lo guió hasta el dormitorio principal sin mirar hacia atrás, pues estaba convencido de que Enrique lo seguía. Olisqueó alrededor del armario y finalmente se puso de patillas. Enrique abrió el armario. Mus trepo ágilmente hacia el primer cajón y comenzó a mover la cola.

—¿Quieres mis jerséis? ¿Te gustan mis jerséis de lana? —Mus movió el hocico tres veces—. Pues te aseguro que no hay ninguno de tu



Enrique lo observaba en cuclillas.

talla. Si quieres puedo cortarte un trozo. Mira, este jersey lo tejí mi abuela —Enrique se lo mostró—. Fue el primero que me tejí y no le quedó muy bien, tiene una manga más larga que la otra. ¿Lo ves? Voy a cortarte la parte que sobra en trozos muy pequeños, como si fueran renacuajos.

Tras el esfuerzo de transportar los pedazos de jersey hasta el desván Mus durmió feliz. Aquel día, arropado entre la lana ya no sentía frío sino una inmensa sensación de agradecimiento. La vida era maravillosa, su caldeado cuerpo no albergaba ninguna duda. Tal vez la existencia de Mus parecía insignificante en